

además que nuestras alianzas casi siempre fueron perjudiciales, que hay que buscar y desarrollar nuestro propio valer y esfuerzo; pues si los franceses nos ocasionaron Trafalgar, los ingleses, destruyeron á San Sebastian el mismo día que se sacrificaban nuestros soldados por el honor y el deber.

¡Qué vergonzoso contraste! Ellos los aliados, vendidos por amigos, ya que no pueden vencer el indomable coraje de los defensores de San Sebastian, se ensañan en una población amiga, mientras nuestros pobres soldados luchando heroicamente en la montaña y entre los recortes de Saroya y San Marcial, consiguen rechazar y derrotar á las mejores tropas del Imperio.

En Irun quiso repetirse la hecatombe, estuvo á punto de conseguirse; pero afortunadamente hay quien lleva la cuenta y estas cosas providencialmente se pagan.

Digánlo sino por nosotros... las *ensangrentadas* Líneas de San Sebastian.

\*\*\*

## MI CASA.

¿Ves al rayar el día  
de aquel monte en la falda  
en medio de altos robles  
una casita blanca,  
á cuyo pié, entre flores,  
brota una fuente clara,

y echado ante la puerta,  
que vigilante guarda,  
noble mastin, que á leve  
rumor el cuello alza,  
y se incorpora altivo,  
y se impacienta y ladra...?

(1) Esta composición es una traducción libre de la bellissima poesia de Elizaburu, en bascuence labortano, NERE ETCHEA, que dimos á conocer en la pag.<sup>a</sup> 473 del tomo VIII de nuestra revista. Su autor es un antiguo compañero nuestro que ha ocupado durante varios años la cátedra de Retórica en el Instituto provincial de Guipuzcoa. y que nos dejó dicho romance como recuerdo de su buena amistad.



Es mi hogar; allí vivo  
feliz y en dulce calma.  
Almenado castillo  
con sus feudales armas,  
los parques y jardines  
y sus ricas estancias,  
nunca por esa humilde,  
pero risueña casa,  
en que nació mi padre,  
y yo nací, trocará.  
Allí, aunque no atesore  
riquezas codiciadas,  
jamás falta el contento,  
jamás la dicha falta.  
Acá y allá esparcidos  
por doquiera se hallan  
los útiles preciados  
de rústica labranza;  
montones el granero  
guarda de mies dorada;  
por el monte, no léjos  
de mi casita blanca,  
se ven los negros bueyes  
y las manchadas vacas,  
y el rebaño de ovejas  
y trepadoras cabras,  
que de mi hogar tranquilo  
sustentan la abundancia.  
¡Qué iguala mi ventura,  
qué mi contento iguala,  
cuando, al tornar rendido  
de la usada labranza,  
de honor el puesto ocupo

que, como á dueño guardan  
en la mesa, cubierta  
de sabrosas viandas,  
mis hijos y mi esposa,  
encantos de mi alma!  
Pedro, de apuesto talle,  
de serena mirada,  
cuya creciente fuerza  
nunca el trabajo cansa,  
noble, leal, sincero,  
es mi sola esperanza  
en la vejez temida,  
y orgullo de mi raza.  
En su hombro, cual la yedra  
con el árbol se abraza,  
mi bella Catalina  
busca apoyo y descansa;  
son de color de cielo  
sus ojos, que retratan  
su límpida pureza  
y el candor de su alma.  
¿Y mi esposa? Los años  
vanamente intentáran  
dejar huella en su rostro...  
su belleza no empañan.  
Tal vez de su carácter  
alterarón la calma...  
pero ¡báh! siempre, siempre,  
cuando más irritada  
se muestra, y más sus ojos  
la cólera retratan,  
cuanto mi antojo anhela  
un tierno beso alcanza.

FRANCISCO RODRIGUEZ ALBA.